

de una hermana de la Caridad. En ese retiro llora su trono perdido, y estrecha contra su corazón la rubia cabeza de su hijo que creía destinada á la primer corona del mundo, derretida en los funestos campos de Sedan, el Waterlóo del segundo Imperio.

Mientras tanto las noticias de Francia son hoy más favorables que ayer. Lyon reúne un gran ejército. La Vendée está en armas para correr á la defensa del altar y de la patria. Las orillas del Loira resuenan bajo las marchas de innumerables guerreros. Marsella ha reunido, equipado, armado, treinta y cinco mil combatientes que parecen los aguerridos soldados de las federaciones. Empréstitos municipales se abren por do quier para ocurrir á los grandes armamentos. En Marsella un sólo comerciante griego ha dado tres millones de francos. La guardia movilizada ha comenzado á hacer prodigios de valor en el sitio de París. Los prusianos fueron rechazados en brillante encuentro de las alturas de Mendon. Los tiempos de la antigua República vuelven. Si Francia hunde ante París al Rey Guillermo, Francia, no sólo se salvará á sí misma, Francia habrá salvado al mundo.

El año 1814 los aliados en número tan grande como los prusianos de hoy, se dirigen sobre París. Un Consejo de generales hubo de formarse para decidir la suerte de la gran ciudad. Marmout declaró que París sería inexpugnable si su recinto tuviera á la sazón fortificaciones y su espíritu el heroísmo de Zazagoza y de Gerona. París tiene fortificaciones, y fortificaciones de primer orden. Sus hijos han jurado imitar el ejemplo de nuestros héroes, morir matando antes que rendir-

se. Los comentarios de Napoleon el Grande siempre deben tenerse en cuenta cuando de guerras se trata. Y Napoleon decía que si Viena hubiera estado fortificado no recoge él los frutos de la batalla de Ulma; que si hubiera estado fortificado Berlin no recoge él los frutos de la batalla de Jena. Sus huestes, en el segundo caso, hubieran sido detenidas ante la capital de Prusia y el ejército ruso hubiera llegado á tiempo de socorrer á sus aliados y deshacer al Emperador. Para sitiar apretadamente á París, había menester Prusia un millón doscientos mil hombres, y sólo tiene cuatrocientos mil. Para defender á París, basta con cien mil hombres, y París tiene cuatrocientos mil. No importa que sean los guardias móviles, á quienes el enemigo llama soldados de papel. Tras los muros, las fuerzas de un ejército bisoño se acrecientan y centuplican. Napoleon decía también: ¡oh! ¡si París hubiera sido plaza fuerte en 1814! bastaban milicianos para defenderla.

Prusia conoce las dificultades del sitio. Ha aglomerado su infantería en puntos cardinales, que su caballería reúne y enlaza en continuas correrías. Se propone principalmente tomar por hambre á París. Mas París declara que tiene víveres para todo el invierno. En este tiempo se han formado grandes ejércitos, y el sitiador puede encontrarse sitiado. Que el ánimo de Francia se levante, que la libertad se regenere, que la desgracia la vivifique, que la luz de la nueva idea la ilumine, que el sentimiento de su responsabilidad la alcance; y recogerá los lauros de Salamina y de Platea.

Que crecen cuando lloran los tiranos.

CAPITULO LVII.

EL EJÉRCITO PRUSIANO.

Día 29 de Setiembre.

Propóngome hoy estudiar algunas particularidades curiosísimas de organización y de disciplina en el ejército prusiano. Es un objeto digno de toda nuestra atención, porque las victorias prusianas han hecho por el pronto á la nación alemana, la protagonista de Europa. Los prusianos siempre establecen sus campamentos en forma de cuadrados, sea cualquiera el número de sus tropas. Sus brigadas, sus divisiones, las tiendas de sus generales se reconocen por las noches, mediante una iluminación eléctrica encerrada en vidrios multicolores. Así fácilmente el general en jefe descubre á sus subordinados y les envía sus órdenes; y los subordinados saben dónde han de ir á llevar avisos ó recoger mandatos. Esto es tanto más útil, cuanto que la experiencia ha demostrado que muchas veces el ejército francés no ha podido moverse con acierto y celeridad, porque en las tinieblas de la noche ignoraban sus jefes el espacio donde estaban erigidos los campamentos y colocadas las tiendas.

Estos campamentos son guardados por medio de centinelas esparcidos ante los frentes y por las alas, á treinta pasos unos de otros, que de continuo se cruzan para impedir que se salga ó se entre sin su consentimiento. Patrullas de caballería menudean en todas direcciones, y marchando al paso, celan todos los servicios. Los centinelas avanzados forman todavía, como en tiempo del gran Federico, un juego de ajedrez, y se unen á los centinelas de los grandes campamentos por pelotones de caballería destinada á evitar toda sorpresa.

Las hogueras para el rancho y demás necesidades de la vida, sólo de día se encienden. Por las noches hay algunas consagradas á señalar las líneas principales de los centinelas, pero cubiertas tras grandes terraplenes por el lado que el enemigo amenaza. Donde quiera que acampan, alzan algunas fortificaciones de tierra, y evitan sonar tambores ni clarines, para no instruir al enemigo de su presencia. Cada individuo lleva un silbato, y á silbidos expresan los jefes sus ór-

denes. También los soldados se entienden entre sí y se aproximan unos á otros en los momentos de apuro, por este sencillo medio.

Su manera de marchar no es ménos curiosa que su manera de acampar. Los hulanos, rápidos como el viento, incansables, sirven de exploradores y de guías. Unos marchan al frente; pero otros muchos exploran por las alas, por retaguardia, y recorren los caminos afluentes á la ruta de su ejército. Las vanguardias y las retaguardias destacan por todas partes grupos de á tres ginetes, que se forman á manera de flecha, y que tratan siempre de evitar toda sorpresa. Al marchar ocupan los infantes todo el camino, algo separados unos de otros, para evitar los codazos que siempre incomodan y fatigan. Acostumbran, además, á dejar treinta pasos entre cada compañía. A cada dos leguas de camino descansan media hora. Los aspeados y rezagados no existen, porque los carros y carretas de requisas que siguen á cada columna, los recojen. Aquellos soldados que se quedan atrás por pereza, despues de reprendidos y castigados severamente, son puestos en las avanzadas y sin armas.

La manera que tienen de entrar en los pueblos enemigos, también merece ser, por lo sábia, conocida. De cada uno de estos puntos tienen su croquis, además del mapa general de su camino. Lo primero que hacen es atravesar á carrera tendida, en galope infernal, la aldea ó pueblo, de uno á otro extremo. Luego se colocan á las diversas salidas, pistola en mano, amartillada, é impiden que nadie entre ó salga. Media hora despues, aparece un grupo regular de ginetes y declaran haber tomado posesion del pueblo en la plaza mayor. Inmediatamente mandan que comparezca el alcalde, y le notifican las requisas que en dinero y en especies debe aprontar, bajo amenaza de muerte. De aquí se esparcen por las calles, golpean á las puertas de las principales casas, preguntan cuántos hombres y caballos pueden alojar,

y en seguida distribuyen la gente, inscribiendo á la puerta de cada casa con piedra blanca el número de alojados. Si los habitantes borran los números, son fusilados en el acto. Las casas, sin llave y sin dueño, son señaladas al saqueo. Los franceses dicen que es preferible atacar los hulanos muy numerosos que los hulanos sueltos, porque aquellos suelen ir solos, y estos indican siempre la proximidad de grandes fuerzas.

Para comunicarse, emplean los prusianos poco el telégrafo, mucho el correo. Sus correos se hallan colocados á ocho ó diez metros entre los diversos cuerpos de ejército. La caballería ligera ocurre á este servicio, y la desempeña con tal prontitud y tal acierto, que la noticia de la victoria de Sedan desde el cuartel general de Donchery donde estaba el rey Guillermo, hasta el cuartel general de Pout á Mousson, donde estaba el príncipe Federico Carlos, en el trayecto de cuarenta leguas, sólo tardó siete horas.

Para atacar se sirven principalmente de la artillería. Es su arma. Apenas se comprende que el Imperio francés no estudiara los adelantos de la artillería prusiana. En la exposición se encontraban los cañones Krup y los cañones de acero á la vista de todo el mundo. Los aficionados se detenían, calculaban su fuerza, su alcance, y la escuela militar francesa, situada á dos pasos, no los estudió. Creo más, creo, si mi memoria no anda trastornada, que Krup regaló algunos de estos cañones al Emperador Napoleon. Puedo asegurar que un general belga le habló hace tiempo á Rohuer, primer ministro de rancia á la sazón, de los adelantos que los americanos habían llevado en su última guerra á la artillería, y de los adelantos que los alemanes habían sumado á los adelantos americanos. Toda Europa sabía esto antes de Sadowah. La gloria del príncipe Federico Carlos se encuentra indisolublemente unida al gran cañoneo ejecutado en la guerra de Dinamarca. Rohuer oyó con agrado las observaciones del

general belga, y las comunicó al Emperador. Este se preciaba mucho de conocer el arma, como que había sido oficial de artillería en la República suiza, y la República suiza no desprecia ningún adelanto científico. Trasmitió, pues, al mariscal Niel las observaciones de Rohuer, como Rohuer había trasmitado al Emperador las observaciones del general belga. Pero Niel dijo que si el primer ministro, no contento con dirigir los negocios interiores y exteriores, con vejar á los ministros de Gobernación y de Justicia, acaparaba también la cartera de la Guerra, él hacia dimision. Napoleon, que era muy débil, especialmente para su corte y sus amigos, temió que Niel realizara su amenaza, y no tornó jamás al tema de la artillería. Y esta arma, de gran fuerza, de poderosísimo alcance, situada á inmensas distancias, inaccesibles á la bayoneta, que no puede emplearse despues de una carrera, á cuyo término llega exánime el soldado francés, incapacitado para el combate, desposeido de su histórica furia gala; esta arma explica lo rápido y lo mecánico de todas las victorias alemanas.

La infantería prusiana tiene dos graves faltas: 1.ª La pesadez enorme de su fusil que carece de puntería certera: 2.ª el temor constante de verse acometida al arma blanca. Lo primero que los prusianos procuran es desmontar los cañones del enemigo. Los proyectiles que emplean son excelentes. Sus obuses de percusion les sirven para rectificar constantemente los tiros, y para calcular con exactitud las distancias. Así rara vez dejan la artillería francesa en posición. Además entierran sus baterías, las resguardan por grandes terraplenes, y las señalan con altos mástiles sobre los cuales ondean banderas blancas

atravesadas á rayas rojas. Los peritos aconsejan á los franceses que miren y reconozcan mucho estas señales porque confundiéndose con la bandera de Ginebra que cubre todo aquello sagrado, neutral en la presente guerra, podrían dar margen á equivocaciones tan sensibles como muchas de las sufridas en Sedan, donde esas banderolas fueron á veces confundidas con las banderolas de los hospitales ambulantes.

Todas estas ventajas son grandes; pero no bastan á dar apoyo á la idea divulgada de que en definitiva la raza germánica ha ganado una superioridad militar indiscutible sobre la raza latina. La fortuna es tornadiza. Y una gran parte de sus victorias la deben los alemanes á la fortuna. La mecánica nivela fácilmente las condiciones diversas de los combatientes. Si hoy tienen los alemanes buena artillería, mañana podrán tenerla los latinos. El génio ni se imita, ni se hereda, y nuestra raza jamás se cansa de producir génios. Todavía ¡ah! todavía hay vida en sus fecundas entrañas. Si la ciencia se ha llevado la palma, no es la esencia un misterio que pueda quedar vinculado en una raza privilegiada. La ciencia es difusiva como la luz. Todos los pueblos se aprovecharán ahora también de sus adelantos. Lo doloroso es que la guerra presente derramará en la vida europea una levadura infinita de ódios entre pueblos, entre razas, que obligándonos á todos á un régimen militar fortísimo, detenga los progresos de la razón y del derecho, perturbe la industria, mate la libertad, aleje la hora de las grandes soluciones sociales, y ponga abajo ganados de sierras; y arriba, en la cima de la sociedad, el cañon y la espada. ¡Ay entonces de las democracias!